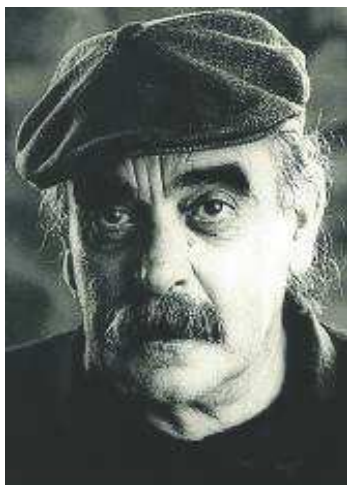


De escuelas & maestros

JOSÉ ANTONIO LABORDETA, 21 AÑOS DE DOCENCIA

VÍCTOR
JUAN.
DIRECTOR
DEL MUSEO
PEDAGÓGICO
DE ARAGÓN



■ Más allá de la materia que imparten, los buenos profesores transmiten a los estudiantes una manera de entender el mundo, un modo de mirar la realidad. Sin ninguna duda esto es lo que consiguió hacer José Antonio Labordeta Subías (Zaragoza, 1935-2010) con los centenares de alumnos que se formaron con él en los veintiún años que ejerció la docencia, primero en el instituto de Teruel, donde también dio clase Juana de Grandes, su mujer, entre 1964 y 1971 y, más tarde, en varios institutos de Zaragoza hasta que tomó la excedencia en 1985 para dedicarse a escribir, a cantar y a trabajar en distintos proyectos en televisión. El paso del tiempo engrandece la figura de Labordeta, un hombre sin más, que además de escritor, poeta, cantautor, presentador de documentales y político fue profesor. En su alocución de investidura como doctor honoris causa por la Universidad de Zaragoza recordaba que siempre se encontró en las aulas satisfecho, pleno, ejerciendo la profesión que le gustaba, y afirmaba que, si algo enseñó sus alumnos, mucho más le habían dado y enseñado ellos.

NO SE PIERDE EN EL AIRE NI EN EL OLVIDO

En el marco de los actos conmemorativos del 175 aniversario de la creación de los estudios de maestro en Huesca, se celebró un homenaje al Labordeta profesor en el que participé junto a Juana de Grandes y Carmen Magallón, una de las alumnas de Labordeta en Teruel. En mi intervención señalé que encuentro muchos paralelismos entre la vida de Ramón Acín y la de Labordeta. Ambos destacaron en múltiples ámbitos –Acín fue artista, militante anarcosindicalista, escritor– y aunque los dos fueron profesores durante veinte años, es frecuente que se olvide esta faceta. De Acín decimos que su mejor obra fue él mismo, que lo más destacable es su propia vida. Lo mismo sucede con Labordeta. Los dos tenían una capacidad infinita para jugar con todo, para distanciarse de las cosas sirviéndose del sentido del humor. Por último, tanto el uno como el otro creyeron en el potencial de la educación. En ‘Los amigos contados’, al recordar a su padre, catedrático de Latín y director del Colegio Santo Tomás de Aquino de Zaragoza, Labordeta ofrece un rotundo alegato del valor de la educación cuando sostiene que a pesar del silencio y del aparente olvido que sepulta a los profesores, «...la historia vence, y venceremos. Porque dejar los ojos y las manos en los rostros hermosos de los niños, no se pierde en el aire, en el olvido. Crecen igual que el viento, que la vida».